



“... Y HABITÓ ENTRE NOSOTROS” Jn 1, 14

CARTA DE COMUNIÓN PASCUA DE LA NATIVIDAD DEL SEÑOR 2024

¡Feliz Pascua de la Natividad a todos! En estos 25 años en los que celebramos el nacimiento de nuestro camino comunitario hemos experimentado su presencia entre nosotros, su gracia tras gracia, en los pasos más inciertos y en los más gozosos, en los más tristes y en los luminosos. Él estaba aquí y nos ha llevado de su Mano, y nos ha hecho empezar una y otra vez, convertirnos a Él cada mañana, y ofrecer el Don que es Él mismo a todos los que le buscan y a los que nosotras podemos aproximarnos o se aproximan.

Y con la certeza de la fe en su presencia, sin embargo, no podemos dejar de escuchar el grito de esta Tierra que gime con dolores de parto (cf. Rm 8, 22-27). ¿Verdaderamente ha estado aquí?

UN DIOS SIEMPRE CERCANO

Dios ha habitado su Creación desde el inicio. “Su gloria llena toda tierra” (Is 6, 3) porque de su garganta (*nefesh*) salió el aliento de la Vida (*Ruáh*) (cf. Gén 2, 7; 7, 22; 6, 17; Ecl. 3, 1; Jn 1, 4) y todo fue creado. El Dios escondido es un Dios cercano.

Dató su cercanía desde nuestro origen creatural. Dios tiene una intensa actividad en su relación con el hombre, quiere bajar a liberarlo de la esclavitud, habla, entra en juicio, manda mensajeros, habla desde teofanías asombrosas, la Zarza, la Montaña ardiente, el Viento, la brisa... Se trata de un continuo diálogo, un trajín obstinado de palabras y de encuentros. Hombre y Dios se cruzan en el camino, sin verse las caras, se conocen y se presienten, se llaman, se echan de menos¹... Dios es amigo del hombre y, a pesar de nuestros hablares balbucientes, nuestras voces profundas estaban llamadas a entenderse y a encontrarse (Sal 41, 8).

SE HIZO CARNE

La carne es el camino que Dios elige para que nos vayamos haciendo a su presencia entre nosotros y, para ello, la Palabra se hizo carne, de algún modo, se empequeñeció: un niño, breve y pan (pesebre)². Para que, siendo Dios, le reconociésemos como uno de los nuestros y le acogiésemos sin miedo y sin rechazo. Nos dio tiempo para ello, para que se fueran adaptando nuestros ojos a lo visible del Dios Invisible, para que se afinara nuestra mirada hasta que el Amor la hiciera menos opaca, más profunda, alargada, hábil para reconocerle a Él.

¹ SAN ANSELMO, Proslógion, Cap. 1, Opera Omnia, Edic. Scmitt, Seckau (Austria), 1938, 1, 97-100.

² RATZINGER, Y Dios se hizo hombre. Joseph Ratzinger, Encuentro, 2017, 96.

Vino, en la carne, el Verbo, el Logos. Como muchos de sus contemporáneos, decíamos: ¿de verdad que bastaba una palabra y quedaríamos sanos? (cf. Mt 8, 5-11) Pues vino a nosotros la Palabra, entró hasta dentro, muy dentro, y nos salvó.

La Encarnación es el gozne de la historia, el camino que va de lo invisible a lo visible, asumiendo la debilidad. Hemos visto por fin el rostro de Dios, como lo vieron los Magos y los pastores, y Ana y Simeón, los discípulos, como nos lo relata Lucas y como bien recoge el Evangelio de Juan: “el Hijo que estaba vuelto hacia el Padre, se nos manifestó... Y volviéndose Jesús a ellos...” (Jn 1, 18. 38a).

Y HABITÓ (DESDE DENTRO)

“HOY quiero hospedarme en tu casa” (Lc 19, 5). Ese HOY es lo que celebramos en la Pascua de la Natividad, reconociendo lo que significó y significa que no viniera a hacernos una visita de cortesía, ni a dar un paseo al atardecer por el jardín, ni pasar de largo por nuestra vida, sino que vino a habitar entre nosotros y a habitarnos, a salvarnos desde dentro, y en el aquí y el ahora. Y fue así:

- **ARRAIGÓ.** Habitar es arraigar, echar raíces. El Verbo se hizo carne, no fue un aliento fugaz. Habitó entre nosotros desde el mismo instante en el que fue engendrado en el seno de María y **anidó en su vientre**, en del cuerpo de una mujer, su primera casa-cuna entre nosotros. El Verbo se encarnó, arraigó en esta tierra (Admirable, Tierra del cielo) de María y ella compartió con él su sangre, su oxígeno, su alimento, su alegría, su tristeza, su amor, su sorpresa y su confianza, su paz y su abandono en las manos del Padre. Y Jesús compartió con María lo que Él era: Hijo de Dios. El inmenso se achica para entrar en nuestras vidas, en nuestras casas, en nuestras tiendas, en nuestra piel fina de seres humanos.

Contemplando este Misterio de la Encarnación somos llamados a arraigar la vida en María y en el Hijo (cf. Is 7, 14) y la Vida tendrá sentido, una hondura de bondad y paz, de justicia y misericordia. Se nos comunicarán también nuestras vidas, las Suyas y las nuestras. Desde dentro.

Así, **arraigar evoca el interior, el silencio, la profundidad, lo hondo, alejado aún de la superficie.** Él quiso arraigar en lo escondido del ser, en lo íntimo: entra dentro, afrontando nuestra pequeñez y estrechez y nuestra totalidad, y es así como Él redime y salva. Por ello buscarle en el Interior, a través de la oración, del silencio y la soledad son el primer ámbito de encuentro con Aquél que ha venido a habitarnos y a hacer de nosotros su Hogar. No es posible huir sin perder la identidad y sin perderle a Él. “Los que se alejan de ti, se pierden” (Sal 73, 27).

El primer lugar abierto a ser habitado es la propia *habitación-estancia* (*habitare-stare*), **la interioridad humana** donde Él me descubre a mí mismo y se desvela a Sí mismo habitándome³. Desde ahí, Jesucristo me descubre al otro como Hermano, próximo a mí como yo a mí misma. Es Él, desde dentro, Quien me abre a la compasión y la misericordia, quien me descubre al otro como hermano y hermana. “No se avergüenza de llamarlos hermanos... tuvo que asemejarse en todo a sus hermanos” (Hb 2, 11.17) y

³ SAN AGUSTÍN, De vera religione, 39, 72.

Quien me conduce por verdes praderas y por valles oscuros hasta sentarme a la Mesa de la Reconciliación, "enfrente de mis enemigos" (Sal 23), Quien me hace volver al Padre (cf. Lc 15) y Quien me atrae a una Comunión en los Tres (cf. Jn 14, 23). Él, que vino a habitarnos, nos vivifica, nos moviliza hacia el otro, nos deifica, provoca todos los dinamismos de la gracia. Él, como la *Ruáh*, llenará toda la casa y la habitará por siempre. El Fuego prendió en el Hogar.

- **Y HABITÓ (ENTRE NOSOTROS).** Los padres, los hermanos, la familia, los conocidos, los otros, los prójimos-próximos son ese otro ámbito de la Encarnación en el que Él arraigó en esta tierra y se aproximó a todos, derrumbando el muro de la distancia entre Dios y el hombre (cf. Ef 2, 14).

APROXIMÁNDOSE. Se hizo próximo a nosotros habitando en nosotros y con nosotros y dejándose habitar allí donde Él habitaba. Dirá a quienes le preguntan sobre su paradero: "Venid y veréis" (Jn 1, 38). Era la respuesta más conmovedora a la pregunta existencial: "¿Dónde moras?" (Jn 1, 38). El Hijo del Artesano vino a reconstruir una Creación, una Heredad, siendo Él mismo la verdadera Morada del Hombre, porque el arte de habitar (y a eso vino) se concreta en hacer morada, una casa, que nos salve no solo de la intemperie sino también de la inmensidad (cf. Sal 84).

Y CUIDÁNDONOS. Por donde Él pasa deja salvación, misericordia, ternura, redención; comprensión, verdad, justicia y paz; esperanza y ofrenda (cf. Hch 10, 38). Él mismo fue hijo del cuidado paternal desde el inicio. En la mayor carencia, nació bajo techo y fue colocado en un pesebre porque Él sería Pan, alimento cotidiano, Vida para el hombre. Habitar es cuidar (cf. Lc 10, 25-37), sanar heridas con los ungüentos del amor y la gracia, crear espacios vitales, posadas, construir desde los afectos, desde los vínculos más verdaderos, desde el respeto, la concordia, el cuidado y el abrigo. Nos cuidó con el Amor que actúa con esperanza y paciencia con el otro.⁴ Y esto ¡lo ha querido Dios desde el inicio! Quien está cerca de Él sabe que ésta es la sabia y bondadosa huella del Creador que el hombre, viviendo lo humano plenamente, es capaz de descubrirle, de reconocerle como un valor irrenunciable. "He venido a buscar lo que estaba perdido" (Lc 19, 10). Él me descubre en el otro la verdadera bienaventuranza de la vida.

HASTA DAR LA VIDA. Habitó la Cruz del sufrimiento y el dolor del ser humano. El gemido de la Creación y los de cada ser humano (cf. Rm 8, 23- 24) resuenan en Él amplificados, recogidos, reunidos, en todos los tonos y todas las melodías y contrapuntos posibles; ese dolor cacofónico, obstinado e irresistible resonó en la Cruz que nadie asumimos ni queremos asumir y que Él "habitó", entrando en el misterio de iniquidad y abrazándolo para salvarlo. Todos los sufrimientos de este mundo.

⁴ SAN CIPRIANO, Sobre los bienes de la paciencia, Núms. 13 y 15: CSEL 3, 406-408.

ECÚMENE. Oikós

Habitó entre nosotros y por nosotros hasta decir: “Padre, todo está cumplido” (Jn 19, 30). Seguir al Verbo hecho carne es aprender de Él a vivir desde el evangelio, transformando este mundo hasta hacer de él una verdadera ECÚMENE, un Oikós, Casa donde poder arraigar, habitar y ser salvados. El mundo clama Hogar, Casa donde habitar, y esta Pascua responde plenamente a ese grito que Dios mismo recoge y hace suyo.

En este año Jubilar de toda la Iglesia, y también de nuestra Comunidad de la Conversión, damos gracias al Señor que ha habitado entre nosotros y nos ha salvado, hemos reconocido su presencia sobre todo en los momentos de mayor sufrimiento vivido en el mundo, nuestra sociedad, nuestras comunidades, familias y en la Iglesia misma⁵. Él ha estado aquí, Él está aquí, y ha hecho posible una conversión, un renacimiento y restauración. Ha entrado en nuestras vidas y las ha transformado, las ha hecho Suyas y eso nos ha hecho bien a nosotros y nos ha hecho ser un bien para los demás. Esa es la Esperanza para el hombre, su presencia salvífica en nosotros y entre nosotros. “Spes non confundit” (Rm 5, 5)⁶.

En este Año Jubilar, por tanta gracia recibida, nos brota la alabanza y la adoración. Con Él volvemos a nacer, volvemos a acogerle, queremos que habite entre nosotros y nuestra vida cotidiana sea realmente su Evangelio vivo. Y, ante el Verbo hecho carne en María y en Belén, damos gracias por todo lo vivido y por su presencia fiel, constante y reparadora. Somos una vida agraciada por su Amor.

Tenemos una Buena Noticia de Esperanza para nuestros hermanos y no podemos quedárnosla: Él ha venido y ha habitado, y habita, entre nosotros.

¡Feliz Pascua de la Natividad del Señor!

¡Bienaventurada Pascua Jubilar para todos!

M. Prado
Presidenta Federal
Federación de la Conversión de San Agustín
Sotillo de la Adrada, Ávila
España

⁵ FRANCISCO Pp. La esperanza no defrauda, Bula de convocación del Jubileo ordinario del año 2025, 4.

⁶ Ib., 25.